

HECHOS Y GLOSAS

EL MILENARIO DE POLONIA.

El 3 de Mayo de este año y ante la venerada imagen de Nuestra Señora de Czestochowa, el católico pueblo polaco renovaba su consagración a la Virgen Santísima y sellaba con este acto las solemnidades con las que ha celebrado el milenio de su fe.

Porque son ya mil los años en los que esta heroica y sufrida nación ha vivido bajo el signo de la Cruz, qué llevaron a ella numerosos misioneros durante los siglos IX y X, como ha recordado Paulo VI, sin que jamás haya podido ser arrancada de sus templos ni de sus caminos ni menos aún de los corazones de sus hijos; ni la herejía ni el cisma han podido hacer presa en ella. Y si en la actualidad sufre la prueba acaso mayor de su historia bajo el yugo comunista, esta nueva esclavitud de los cuerpos y hasta las inevitables defecciones que se han producido en ella, son el cauterio que conservará y purificará su fe y sus costumbres.

Desde que en Setiembre de 1956 se celebró la magna concentración de un millón de católicos en Jasna Gora, otro santuario dedicado a la Virgen, se han empleado estos nueve años pasados en la preparación del milenario, señalando para cada año un objetivo a manera de voto que obliga a todos los católicos a repartir los rendimientos de la tierra y el fruto del trabajo, de manera que "bajo los techos de nuestras casas no haya en adelante ni hambre, ni dolor" y que todos los hijos de la nación polaca vivan en el amor, en la justicia, en la concordia y en la paz y desaparezcan el odio, la injusticia y la explotación.

Por las noticias que nos llegan hasta el momento de imprimir este número, se ha celebrado este acontecimiento con un fervor extraordinario, pese a las contrarreplicas de los comunistas, que han querido distraer la atención del pueblo organizando otras concentraciones al mismo tiempo, y pese (como anotamos en otra parte) a la negativa del Gobierno comunista de autorizar la entrada de los muchos Obispos y fieles que hubieran llegado del exterior. Evidentemente que se ha notado de un modo especial la ausencia del Sumo Pontífice Paulo VI, el cual declaró que hubiera acudido a no ser por la prohibición de los comunistas.

HISTORIA DE POLONIA.

El Papa ha consolado a sus hijos fieles de su ausencia enviándoles un hermoso mensaje de aliento. A su vez los Obispos de Alemania, de Francia, de España, de EE. UU., de todas las

partes del mundo han respondido a su invitación con cartas llenas de sentimiento y de caridad.

Por ser Polonia un país que —como decía Juan XXIII— "ha mantenido siempre en alto, entre guerras y pruebas de todo género, la antorcha del Evangelio y de la fidelidad a Jesús Redentor", bien merece que nosotros habitantes del nuevo Hemisferio conozcamos un poco su historia tan gloriosa, historia que —como la de nuestras jóvenes nacionalidades— va inseparablemente unida a su fe. Y por ser en la actualidad para nosotros un maravilloso ejemplo de constancia en la prueba comunista (que puede ser también la nuestra el día de mañana) creemos que interesará a nuestros lectores y será un hermoso homenaje a este pueblo mártir de su fe, el reproducir a continuación lo que los mismos Obispos Polacos cuentan de sus tesoros de fe en la carta (una de las varias escritas por ellos) a los Obispos españoles. He aquí los principales párrafos.

Al acercarse la fecha del milésimo aniversario del bautismo de Polonia, nos es grato, venerables hermanos, participarles con verdadera satisfacción este gran acontecimiento. Polonia, pues, va a celebrar el gran jubileo de su incorporación a la Iglesia y de su vida en Cristo y por Cristo.

La fe de Cristo en el gran Estado de los lejitos o polacos, que se extendía desde el Báltico hasta los Cárpatos y desde el río Oder hasta las orillas del Dnieper, fue predicada en dos vertientes: mientras las regiones orientales recibían la buena nueva de los discípulos de Cirilo y Metodio, las occidentales quedaban labradas por los hijos de San Benito. Sin embargo, estos esfuerzos, si querían triunfar, necesitaban cumplir con las estructuras jurídicas de aquella época; a saber: decidía de la conversión de todo el pueblo, el bautismo del jefe de Estado, del príncipe o del rey.

Polonia vio esta decisión de su rey en el año 966. El entonces soberano polaco, Mieczyslaw I, al contraer matrimonio con la princesa católica de Bohemia, Dobrawa, recibió las aguas bautismales y se comprometió a profesar la misma fe.

A partir de aquel año comienza nuestra historia. Las crónicas más antiguas no tardaron en apuntar que "Polonia coepit habere episcopum". Jordán, un misionero benedictino, fue este primer pastor, cuya diócesis, la de Gniezno, dependía directamente del Papa Juan XIII.

De Roma, pues, vino la luz del Evangelio a Polonia, y fue Roma la que acogió en sus brazos a la nueva cristiana nación.

Treinta y cuatro años más tarde el hijo de Mieczyslaw I, Boleslaw el Grande, consiguió no solamente la autonomía eclesiástica, sino también la política.

Así el año 1000 nace en Gniezno, erigida por el Papa Silvestre II, la primera sede metropolitana, con tres obispados sufragáneos: Krakow (Cracovia), Wroclaw (Wratislavia) y Kolobrzeg (cerca de Stettin). En la misma fecha la catedral acoge al emperador Otto III, que se presenta en ella como un humilde peregrino para visitar la tumba del primer mártir del santoral polaco, San Wojciech-Adalberto, y para coronar a Boleslaw el Grande, como rey polaco. Este acto el Emperador lo realiza colmando sus propios anhelos y de acuerdo con los deseos del Papa.

Polonia, autónoma eclesiásticamente e independiente políticamente, comienza ahora a caminar para cumplir la voluntad de Dios y para trazar sus propios destinos. Sin embargo, a este futuro desconocido no quiere peregrinar sola. Ya conoce a la Madre de Dios, a la cual dedicó la catedral de Gniezno. Ya sabe cantar en su honor porque, según la tradición, San Adalberto le legó un himno, el más grande y hasta hoy el más famoso: Bogu Rodzica Dziewica... Ya se vinculó con Ella. Con la Madre de Dios, entonces, comienza su vida y su caminar en la Historia.

Venerables hermanos: Hojeando las páginas de esta Historia vemos que los destinos históricos de España y Polonia durante los siglos no se cruzaban directamente con frecuencia. Y, sin embargo, cierto paralelismo no ofrece duda alguna. Una hija del rey polaco, llamada Rica, se sentó en el trono de España. Las hermanas princesas de la Casa de Austria al mismo tiempo reinaban en Madrid y en Varsovia. Y qué decir de Bona Sforza, aragonesa por parte materna, que tanta importancia tuvo en la historia de Polonia, siendo esposa y madre de los últimos yaguielonos.

Cuando las Cruzadas se dirigían hacia Tierra Santa los españoles quedaron libres de toda participación en ellas porque sabía el mundo cristiano que les sobra sudor y sangre en su propia tierra en la lucha continua contra la Media Luna.

A los polacos también les bastaba y sobraba con defender sus fronteras, que a la vez fueron los límites de la civilización occidental, contra las continuas embestidas de los enemigos de la cristiandad: los tártaros, primero, y los turcos, más tarde.

España tuvo que echar sobre la balanza todo el poder de su fe y de sus armas en las batallas inmortales, como la de las Naves de Tolosa, Lepanto o del Alcázar de Toledo; en otras latitudes geográficas Polonia hizo lo mismo en los ensangrentados campos de Lignica, de Chocim.

de Viena o a las orillas del río Vístula. Dos baluartes de la cristiandad, en dos extremos de Europa, cumplían así su dramático y glorioso destino.

La conciencia de esta analogía la reconocieron ya hace siglos los cerebros y espíritus más avistados: así el gran español Felipe II pudo decir que Polonia es España de Oriente europeo por su lucha en defensa de la cristiandad y por su fidelidad inquebrantable a la Roma católica.

Los imponderables siempre se imponían tanto en las orillas del Vístula y Warta como en las orillas del Ebro, Duero y Tajo. Y el Caballero de la Triste Figura cabalga no sólo por la Mancha, sino también por la llanura polaca, y el Caballero Vigilante en cada momento estaba dispuesto a sacrificar y morir por la fe.

Junto a éstos existen todavía otros paralelismos. En primer lugar, la semejanza en la formación intelectual al tener la suerte de disfrutar del tesoro común de la ciencia y de la filosofía. España como Polonia prestaban gran respeto a la filosofía "perennis", fundamento básico de la sabiduría que ha protegido nuestras naciones de ese criticismo exagerado que fue causa del abandono de la escolástica por otras naciones.

El idioma latín, que sirvió para formar la unidad de enseñanza universitaria en toda Europa, permitió también el intercambio de intelectuales. Sirve como ejemplo don Pedro Roysio Maureo, que de España vino a enseñar a Polonia, como también tantos otros que de Salamanca iban a Cracovia y de Cracovia a Salamanca. Este intercambio daba además a las dos naciones un manantial de ideas que sirvieron como fundamento de la colaboración científica. Basta por citar un solo ejemplo. Las observaciones astronómicas de Alfonso el Sabio, realizadas en Segovia, han encontrado su genial intérprete en Cracovia y Torun, en la persona de Nicolás Copérnico. Estas tablas alfonsianas sirvieron al genial astrónomo polaco para explicar las revoluciones de las esferas celestes y permitieron que esta cooperación hispano-polaca diera a la Humanidad un nuevo y más verdadero conocimiento del Universo. Es más. Cuando Copérnico, abandonado y condenado por todos, no pudo proseguir con su teoría, fue precisamente por la Universidad de Salamanca y su rector Zúñiga los que consiguieron del Papa el pleno reconocimiento de la doctrina del gran astrónomo polaco.

La unión de pensamiento entre España y Polonia se manifiesta también en las múltiples traducciones de los clásicos españoles: Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Calderón, Cervantes, etc. Qué decir de las melodías populares de Mallorca, que se conservan tan vibrantes en la música intensamente polaca de Chopín.

Cabe añadir aquí que el primer impresor en España que tenía su taller de imprenta en Sevilla, en tiempos de los Reyes Católicos, fue Stanislaus Polonus. Sus libros se extendieron por toda España. Uno de ellos llegó hasta Loyola, y sirvió de instrumento por el cual Dios ha cambiado el pensamiento y los destinos del capitán Ignacio.

Otro polaco, el sacerdote Félix Rozanski, cuidó la biblioteca de El Escorial, en los tiempos cuando los jerónimos tuvieron que abandonar aquel Monasterio, y antes de que los agustinos tomaran su posesión. Su labor y sus cuidados quedan bien patentes por la herencia intelectual que existe todavía en aquel palacio-monasterio.

La unión de ideales religiosos son acaso el punto principal del carácter común de nuestras dos naciones. Nos permitimos recordar aquí la benemérita labor de los hijos de Santo Domingo de Guzmán y, sobre todo, la de los mercedarios de San Raymundo de Peñafort, que, llamados por el rey Juan Sobieski, se dedicaron heroicamente a rescatar a los prisioneros caídos en las manos de los infieles. Con profunda veneración queremos rendir homenaje a los hijos de San Ignacio de Loyola, que tanto hicieron por la santidad de nuestro clero, por la ciencia que sembraron entre nuestra juventud y por el bien de mantener la fe en nuestro pueblo. Elogios aparte, queremos dedicar a los carmelitas, reformados por Santa Teresa de Avila, que tan importante papel desarrollaron en nuestra nación para formar entre nosotros un ferviente espíritu religioso.

Queremos asegurarnos, venerables hermanos, que Polonia conserva un gratísimo recuerdo de los santos españoles; más os agradecemos el fervor que se rinde en España a los santos polacos: San Estanislao Kostka, San Casimiro, San Juan Cancio, San Jacinto...

El punto cumbre de nuestra unión es la más tierna devoción dedicada a María, la Virgen Santísima y Madre de Dios. Bien conocido está que España y Polonia caminan por el mundo como dos naciones marianas.

Nos cabe también el honor de recordar aquí el espíritu misionero de las dos naciones. Mientras la Iglesia española extendía la fe en el Nuevo Mundo y mientras mandaba muchos misioneros a varias naciones, así la Iglesia polonesa llevó la luz de la verdadera fe, en una primera etapa, a la mayor parte del territorio de Europa oriental, con la realización del bautismo en Lituania y la Unión de Brest, manantial de la fe para toda la Iglesia de Ucrania. En una segunda etapa dio vida a las misiones en el Imperio ruso, cubriendo este territorio, hasta las orillas del Pacífico, con centenares de templos católicos, contruidos por los desterrados, que a causa de las guerras e insurrecciones tuvieron que cam-

biar el hogar paterno para formar una nueva patria chica, en la cual no pudo faltar la Iglesia.

Existe, sin embargo, una diferencia en cuanto al éxito de esta labor misional. Mientras las conquistas espirituales de España permanecen y conservan su fruto hasta nuestros días, las de Polonia están bautizadas y marcadas todavía por la sangre y el fuego, por las lágrimas y por la cruz, esperando el tiempo de su verdadera fructificación. A pesar de todo, queremos librarnos de todo pesimismo. Al contrario, el derramamiento de tanta sangre y el sacrificio de tantas vidas permite llenar el corazón de toda esperanza, que en el futuro la verdad de Cristo triunfará, como triunfó ya tantas veces, superando todo obstáculo y toda dificultad.

Hasta aquí los lazos históricos que nos unen.

Venerables hermanos: Al cumplirse este primer Sacrum Poloniae Millenium, viendo todo lo pasado, venimos para agradecerlos por todo lo que nos ha unido y para expresar, al mismo tiempo, nuestro ardiente deseo de estrechar aún más estos lazos de fraternidad para un espezanzador futuro. Sea el primer paso que inauguraré este gran pórtico del nuevo milenario, en una marcha común de hermandad, nuestra humilde súplica de pedir a vosotros, venerables hermanos, que os dignéis ofrecernos un día de oraciones por las intenciones de Polonia, señalando al efecto en vuestras respectivas diócesis, en el tiempo de libre elección, pero durante nuestro año jubilar, que comienza el día 1 de enero y que termina la Nochevieja de 1966.

Nos sobran motivos para justificar esta petición.

Nueve años de intensa preparación espiritual a través de la "Gran Novena Nacional" nos han esclarecido, punto por punto, los múltiples aspectos de nuestra vida, ya que la novena, que comenzó en el año 1956, tenía como programa examinar, ante Dios y ante nuestra conciencia, nuestra fidelidad a Cristo, a la Cruz y al Evangelio. Hemos querido ver el cuadro de nuestras virtudes, sin olvidar de nuestros pecados y vicios. Hemos examinado la realidad de nuestra familia y de nuestra juventud; nos hemos preocupado mucho por el mundo del trabajo, por el bien común y por el orden social. Hemos buscado medios para la adecuada renovación espiritual en Cristo por medio de nuestra Madre y Reina, la Virgen Negra de Czestochowa.

Este examen le hemos emprendido todos con valentía y decisión. La sinceridad nos ha permitido ver con claridad que si no nos faltan obras buenas, abundan, sin embargo, muchos pecados. Sobre todo los talentos confiados por el Señor a nuestra nación no han dado su deseado fruto porque hemos pecado mucho "por omisión". Así, en el umbral del nuevo milenario, nos confesamos humildemente pecadores, y de nuestro contrito corazón sube al cielo la súplica. ¡Domine miserere!...

En el coro de las naciones, Polonia ha sido llamada eminentemente a testimoniar su fidelidad al catolicismo. Gran tarea que, gracias a Dios, supo cumplir, ganando, no sin razón, los dos grandes títulos: "Polonia semper fidelis" y "Polonia, antemurale Cristianitatis". A pesar de esta gloria, no faltan épocas de declive, períodos de desorientación y dolorosos marasmos. Todo esto nos recuerda de nuevo nuestra debilidad y nos invita con el publicano a pedir a Dios: Domine ¡Miserere!

En la hora presente Dios nos hizo honor de vivir grandes misterios de la Iglesia del Concilio. Hemos visto que nuestro pueblo ha respondido con creces a esta llamada. Polonia, pueblo con inquebrantable fe, masas de todas clases sociales que se manifiestan siempre dóciles a nuestra orientación pastoral y que se preocupan más por el Pan de vida que por el pan material de cada día, se presentan, con orgullo, como la realidad de Polonia de hoy. Sin embargo, no podemos olvidar que en la realidad presente existe también muchas tentaciones, muchos engaños en nombre de la verdad, por lo que no faltan caídas y defecciones. En esta dolorosa hora de prueba, nuestro estremecido corazón clama humildemente: Domine ¡Miserere!

Somos pueblo de pecadores, pero también un pueblo fiel a Dios, a su Cruz, a su Evangelio, a la Iglesia y al Papa. Nuestras manos no están del todo vacías, y esto nos llena de esperanza que el perdón del Señor borraré no solamente el pecado, sino que también sabrá premiar lo bueno ofrecido de corazón por mediación de Nuestra Madre y Reina la Virgen Santísima.

Así, junto al Miserere, brota de nuestro corazón, purificado y agradecido, el Magnificat, que en acción de gracias vamos a cantar en nuestras catedrales y en las casas de nuestros padres, en las iglesias y en los talleres, en el descanso y durante nuestra oración.

El día 3 de mayo de 1966, fiesta de Nuestra Señora, Reina de Polonia, el pueblo polaco renovará en el santuario de Jasna Gora sus cristianas promesas, consagrándose a la Virgen María con voto de santa esclavitud por la libertad de la Iglesia.

Polonia se proclamará esclava de María, Madre de Dios, y entregará su futuro en sus Maternales manos. Es, por tanto, aquí donde nos permitimos recordar que el Santo Padre Pablo VI, al proclamar a la Virgen María Madre de la Iglesia, ha colmado nuestros más ardientes deseos, ya que una experiencia milenaria nos ha demostrado que la mediación de María está siempre en función de su Hijo, Cabeza del Cuerpo Místico, y que Ella vela sobre la Iglesia como en su tiempo veló sobre la cuna del Verbo Encarnado, con una solícita ternura y eficacia soberana.

Al confiarnos a la Virgen tenemos la certeza de dejarnos poseer por Cristo Nuestro Señor

para la mayor gloria de la Santísima Trinidad. Todo esto lo vamos a realizar para que el Magnificat nuestro sea más grande, más lleno y más mariano.

Permitidnos también, venerables hermanos, que os expresemos el deseo de veros llegar para estas fiestas nuestras, en mayor número posible y a pesar de la distancia. Os invitamos, venerables hermanos, con sincera alegría a Czestochowa. Os invitamos, muy de corazón, a rezar con nosotros a los pies de la Virgen María y a ver de cerca este pueblo que tanto sabe rezar su Miserere, como cantar su Magnificat y que, sobre todo, sabe esperar porque "In Te Domine speravi, non confundar in aeternum".

Os saludamos respetuosa y humildemente en Cristo Nuestro Señor, con su Madre, la Virgen María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia.

Roma, 18 de noviembre de 1965.

LOS COMUNISTAS POLACOS SE DEDICAN A "SACRISTANEAR".

Con ocasión de las fiestas del glorioso milenario de Polonia Católica, los comunistas soviéticos que tienen "ocupada" a Polonia, han asomado la oreja una vez más con sus consabidas tretas de política dieciochesca.

Como no es fácil "ignorar" a la Iglesia ni es fácil aniquilarla violentamente, se ven precisados a "sacristanear", creando su grupito de católicos comunistas (que en Polonia se llaman el Movimiento "Pax"), halagando a unos dignatarios eclesiásticos y denigrando a otros para así separarlos, metiendo espías y quintacolumnistas en las filas de toda organización católica que les sirvan para estar al tanto de lo que se dice y se hace en la Iglesia católica. Desde sus primeros fracasos en países católicos como España, cuando en 1937 quisieron en vano implantar el comunismo por el brutal sistema de los incendios de templos y los asesinatos de 7.000 sacerdotes, religiosos y monjas sin contar a 13 Obispos, hasta los tiempos actuales en los que en Cuba se "permite" el culto en las iglesias y hasta se dejan entrar algunos sacerdotes para "disimular", es evidente que han recorrido un largo camino.

Esta es la razón por la que, junto a medidas de refinada persecución, hayan permitido con bien estudiada magnanimidad que asistieran algunos Obispos al Concilio Vaticano. Pero últimamente han dado marcha atrás y temiéndose que el mismo Papa pretendiera visitar Polonia y ser testigo de tanta iniquidad como allí se comete con la Iglesia, han reaccionado violentamente y ni siquiera han permitido al Cardenal Wyszchinski que acuda a Roma para invitar al Papa e inaugurar allí las solemnidades religiosas del Milenio. De este modo se ahorran el